

Cuando mirar no significa necesariamente ver.
***Fez. Ciudad santa de los árabes* de Luis Cardoza y**
Aragón.

Saïd SABIA

Universidad Sidi Mohammed Ben Abdellah

Fez - Marruecos

[Emai: saidsabria@gmail.com](mailto:said sabia@gmail.com)

I. Cuando empecé a preparar esta ponencia, mi idea era dar a conocer este librito que poca gente conoce, incluso en el mismo país del autor donde éste es un verdadero icono. Quería recoger datos para insertar mi trabajo en alguno de los ejes del congreso. De hecho, me iba a resultar una tarea no muy difícil puesto que se trata de un relato no muy extenso, un libro que yo ya había tenido la oportunidad de presentar en la Universidad de Fez, por último, un libro del que yo mismo, con una compañera marroquí, hice una traducción al árabe y al francés y publicamos una edición trilingüe hace dos años.

El título es sugestivo y expresivo de la temática de nuestro congreso. Un hispanoamericano, guatemalteco de nacimiento, mexicano de adopción, redacta un texto singular sobre nosotros los árabes, sobre mi país e incluso sobre mi ciudad, Fez.

Este texto ofrece, además, otra originalidad porque, si bien es importante el número de relatos de viajes sobre Marruecos redactados por europeos, los textos de autores hispanoamericanos sobre el mundo árabe en general y sobre Marruecos en particular, son muy escasos. Junto con este libro que voy a presentar ahora, es conocido el de otro ilustre guatemalteco: Enrique Gómez Carrillo también sobre Fez y titulado *Fez la andaluza* (Madrid, Renacimiento) publicado en 1926, o sea un año antes que Fez ciudad santa de los árabes de Luis Cardoza y Aragón).

Pero mientras lo estaba releendo y tomando notas para esta ponencia, me di cuenta de que me iba desviando poco a poco de mi objetivo inicial, que consistía en decir cómo Cardoza y Aragón expresa lo árabe, concretamente aquí lo marroquí, en su obra, y me centraba cada vez más en mi propia reacción, como marroquí, como árabe, ante ésta y otras obras de viajeros que escribieron sobre lo árabe y sobre los árabes. Decidí no privarme de reaccionar y compartir con todos ustedes aquí mi reacción ante cómo nos ven y ante lo que se dice de nosotros y cómo dicen eso que dicen de nosotros.

Como lector, pues, y como miembro de la comunidad humana y cultural referida por el relato de viajes, tampoco quiero privarme de mi derecho a reaccionar ante la belleza de la obra pero también ante sus imperfecciones cuando las haya y yo las

vea, o sus aprioris, sus prejuicios o sus errores porque también puede haberlos.

Leemos una obra que habla de nosotros y pensamos o decimos “ah, mira: es verdad” o, al contrario: “¡Qué barbaridad! Es falso. Así no somos”. Pero lo que no debemos olvidar tampoco son estas dos o tres cosas importantes:

1^a: que lo que dicen de nosotros no es necesariamente la verdad de lo que somos, sino la verdad de cómo nos ven;

2^a: que como los demás nos ven no necesariamente se corresponde con cómo nos vemos nosotros a nosotros mismos, y tenemos que reconocer que muchas veces nos cuesta aceptar juicios que formulan extraños sobre nosotros más que cuando esos mismos juicios son formulados por paisanos.

3^a: que no debemos olvidar la distancia que nos separa del periodo relatado o literaturizado en el relato de viajes. El de Cardoza y Aragón fue escrito hace casi un siglo, en 1926-27.

Por ello, si a alguien le interesa contestar a la pregunta “¿Cuál es la verdadera imagen de los marroquíes?” yo le digo que habría que buscarla en el cotejo de todo tipo de documentos y fuentes, no únicamente en un relato de viajes.

II. Por otro lado, en general también partimos de determinada actitud frente a este tipo de textos que muchos consideran como

formando parte de la literatura colonialista, actitud condicionada por nuestras lecturas críticas. Abro aquí este paréntesis para señalar muy brevemente la opinión de dos o tres críticos marroquíes que estudiaron la cuestión (Abdeljalil Lahjomri, Abdelfattah Kilito y Chouaib Halifi, entre los más importantes). Tal actitud, concuerdan en decir estos tres críticos, está marcada por la ambigüedad. Por momentos, esta literatura nos parece “repelente”, denigrante, pero también provoca en nosotros cierta admiración, puesto que nos interesa siempre saber –y ahí es donde radica nuestra debilidad- qué opinan de nosotros los demás. En general, lo que dicen y/o piensan de nosotros resulta para nosotros diferente de la imagen que nosotros mismos tenemos de nosotros. “Así me ven, dice Kilito, así nos ven. ¡Qué horror! ¡Qué barbaridad! Es una exageración.” Ésta es la idea que se desprende de los trabajos de algunos críticos árabes: un sentimiento de indignación y de ganas de venganza.

Así, algunos críticos, en vez de fijarse en qué se dice, cómo se dice y por qué se dice así, se deleitan persiguiendo las ideas preconcebidas de esos viajeros que, por uno u otro motivo decidieron poner por escrito sus sentimientos y sus impresiones al pasar por tierras árabes.

Los mencionados críticos, también es importante señalarlo, se empeñan en tomar los relatos de viaje por lo que no son, al

menos no forzosamente: unos documentos que describen fielmente la realidad objetiva observable en los países que recorrían o por donde viajaban. Critican a los autores su “falta de objetividad, sus errores de apreciación (“no somos como nos describen”) como si sus escritos fueran historia y no literatura. A veces incluso les encuentran justificaciones, explican por qué se equivocan al decir lo que dicen de nosotros. Y encuentran estas explicaciones y justificaciones en las lecturas anteriores de estos viajeros: Pierre Loti, los hermanos Tharaud, Louis Chénier, Chevrillon, Moulliéras o Gómez Carrillo, por citar algunos de los muchos que influyen a nuestro autor y que él mismo cita en numerosísimas páginas de su libro.

Aprovechando que haya mencionado a estos ilustres viajeros-escritores, todos ellos leídos y muchas veces citados en el libro de Cardoza y Aragón, me pregunto: ¿Cardoza compara lo que ve con lo que leyó antes de ir a Marruecos? ¿Corrige sus lecturas o rectifica lo que ve con sus lecturas?

Ni lo uno ni lo otro: Sistemáticamente, Cardoza y Aragón apoya lo que dice ver con lo antes leído en obras de los autores mencionados. Muchas veces, incluso explicita la opinión de estos autores ANTES de ver lo que dice ver.

Ante un mundo hasta entonces desconocido, ante el descubrimiento de ese mundo nuevo, Cardoza y Aragón

recupera, consciente o inconscientemente, modelos repetidos, ideas interconectadas, comparaciones así como una cantidad impresionante de ideas preconcebidas y estereotipos.

III. Hay que señalar, antes de presentar ejemplos concretos del condicionamiento de la visión de Cardoza y Aragón, que, a diferencia de la mayoría de los autores de relatos de viajes, no provenía de ningún país colonizador ni tampoco trabajaba a favor de ningún país colonizador (al menos no consta en ninguna parte que lo fuera). Estamos, pues, ante una obra en que la escritura ni es condicionada por unas circunstancias ideológicas particulares ni tampoco resulta al servicio de ninguna parte o país en concreto. No expresa, pues, o al menos eso parece, más que las opiniones de su propio autor, en principio libre de todo compromiso o condicionamiento ideológico.

IV. Los relatos de viaje son un género que se sitúa entre la historia, el documento testimonial y la ficción narrativa. Si se toma en esta última dimensión, no se le puede pedir que sea fidedigno ni que refleje, ni siquiera parcialmente, la verdad del objeto de su narración novelesca (bien sabido es que los novelistas y los cuentistas tienen absoluta libertad de fabular a su antojo y querer, y sería absurdo pedirles cuentas sobre la “veracidad” de lo que literaturizan en sus cuentos y novelas). Pero si, como lo hacen tanto los mismos autores de este tipo de

relatos como los especialistas en literatura de viajes y los mismos historiadores, se considera a estas obras como documentos históricos, entonces, estamos en nuestro derecho más absoluto de cotejarlos con otras fuentes históricas que informan sobre el mismo periodo, los mismos ambientes físicos y los mismos entornos sociales y humanos que *narrativizan*, y averiguar su grado de fidelidad a la verdad histórica.

En su prólogo a nuestra traducción, el prestigioso académico e historiador marroquí, Abdelhadi Tazi, afirma algo que a mí, personalmente, me sorprende mucho: Considera que, de haber tenido conocimiento de esta obra, habría ofrecido de la historia de Marruecos versiones diferentes de las que contienen sus libros de historia.

Partiendo, pues, de lo dicho, y sin intentar evitar expresar mi reacción ante lo que el otro dice sobre mí, sobre nosotros, pero al mismo tiempo teniendo presente que se trata de alguien que vino a Marruecos condicionado por sus lecturas (lo cual, dicho sea de paso, es absolutamente normal para mí, “yo, soy yo y mis lecturas”), lo cual *le impidió ver lo que estaba mirando*, expondré brevemente algunas de las afirmaciones y algunos de los juicios que Cardoza y Aragón formula sobre Fez, sobre los marroquíes, los árabes y los judíos de Marruecos, estando condicionado por sus lecturas. En algunos casos, en muchos

casos, lo que afirma describir no es lo que ve sino lo que piensa que ve y que no es otra cosa que aquello que había leído en obras de Loti, Saint Olon, Chevrillon, Moullieras o Gómez Carrillo, entre otros muchos. Algo así como lo que le ocurrió al ilustre viajero que fue Cristóbal Colón que, después de cuatro viajes a América, se murió sin haber visto nunca América convencido como estaba de haber llegado a las Indias Orientales.

Leeré, pues, rápidamente, algunos fragmentos procurando abstenerme de comentarlos porque me parecen lo suficientemente expresivos de lo que afirmo como para añadirles ningún comentario.

De Fez, la ciudad que da su título a la obra, dice:

*“Fez: allí fue el milagro. Como en las lecturas que no me cansan nunca de ese libro único **Las mil y una noches**, Fez fue para mí, revivir esa poesía incomparable. Los primeros momentos estuve perplejo como si hubiese caído del cielo. Momentos después me despedazaba como una granada. Los relojes marcaban una hora en un día de hace mil años.”* (p. 47)

“Un perfume denso de especias, de resinas raras, de caoba, de cedro. Hay millares de pebeteros ardiendo. Chevrillon nos dice que él se levanta de su cama a cerrar las ventanas de su cuarto para no fatigarse con tanto perfume.” (Ibid.)

De la piedad y la religiosidad de los habitantes de Fez, Cardoza y Aragón dice:

“No hay pueblo más místico, más profundamente creyente: la tradición, el pasado, es el eje de la vida presente y la vida presente es casi la misma vida de hace mil años” (p. 48)

“Nada me ha conmovido más que presentir la fe infinita de los árabes. Vida metafísica, profundamente espiritual, encandilados por santas palabras. Toda su vida es una larga prueba, una constante meditación sobre la muerte. Y van a la muerte con los ojos cerrados, sin las dudas tortuosas de nuestros cerebros occidentales, con seguridades irreprochables, con una muerte alegre. Nada he amado más, nada he envidiado más que el fervor religioso, la oración constante, el estado extático en que vive Fez la Vieja. Es incomparable, más que olímpica, la piedad, el desprecio con que nos ven a nosotros, pobres nazarenos” (p. 48)

Apenas un par de páginas más adelante, dice:

“Aun la vida fantástica de la Venecia medieval no está a la par en sus libertinajes a la existencia legendaria de la Ciudad Santa de Fez. [...] En las callejuelas estrechísimas, sucias, húmedas, cubiertas de viñedos que las protegen de los soles de agosto, es imposible imaginar la vida de los gineceos, el lujo, la coquetería de las mujeres de los harems, el amor intenso que se

adivina cuando en las mañanas se encuentran cuerpos decapitados, flotando sobre el río (la cabeza ha quedado enterrada en un jardín).” (p. 51)

Su fe ciega en sus lecturas lo lleva a referir fragmentos enteros de los libros de sus autores preferidos. Afirma: “*La crueldad en ellos [los árabes] es algo inimaginable” (p. 51)* y para ilustrarlo, cita un fragmento de Pidou de Saint Olon que dice “*A Mulay Ismail le gusta tanto derramar sangre **personalmente**, que todo el mundo asegura que, desde hace veinte años que reina, ha asesinado **por su propia mano**, a más de **veinte mil personas**” (p.51)*

Apoyándose en otro autor, Moulte, refiere otro aspecto de la crueldad inimaginable de los árabes consistente en la tortura de la sal. Dice:

“A la víctima se le cortan las palmas de las manos y se llenan las heridas, suficientemente profundas, de sal. Después, se le hace cerrar los puños, metiendo los dedos entre las cortadas y así se les cubre con una piel mojada que se estrechará al secar. Los dolores que causa esta tortura obligan a las víctimas a suicidarse, rompiéndose la cabeza contra los muros de la prisión...” (p. 52)

Incluso en los fragmentos más bonitos (la mayoría son sobre las mujeres de Fez), los mejor redactados (al menos para mí), la

deuda para con los autores leídos antes del viaje, especialmente con Loti cuando no es con *Las mil y una noches*, es evidente y es enorme y lleva a nuestro autor a caer en la trampa de la tipificación maniquea y el estereotipo:

“Yo pienso en las mujeres jóvenes de los harems que tuvieron la pena sutil y enorme de envejecer entre muros; pobres mujeres que apagaron unos días, tal vez unas horas, la lujuria de un Sultán, de un Caid, de un rico cualquiera y después, ajadas ya o cuando habían entregado su virginidad negociada, vieron ocupar su puesto por otra más joven, se vieron despreciadas y ellas tal vez amaban a aquel hombre. Otras han envejecido sostenidas por la escapada a casa de algún joven vecino, protegidas por las otras mujeres humilladas, que tienen o esperan parecida consolación. Cuántos amores muertos, cuántas tragedias sórdidas de flores ardientes, jóvenes con esa hiperbólica sensibilidad, sentimentalismo y sensualismo oriental, han sido martirizados así por años y años. Es sin duda nuestra religión, la católica, la que ha dado a la mujer su inefable realeza, su soberanía que endulza nuestra vida, la vida de ellas y la de nosotros, sus súbditos.” (p. 54)

No podía faltar, en ese mosaico, la poesía de Fez. Cardoza y Aragón sabe que no puede escribir un libro sobre Fez sin hablar de la poesía de Fez. El problema es que si hay algo intraducible,

o muy difícilmente traducible del árabe a otras lenguas, es la poesía. Aun así, se atreve a traducir fragmentos de una *qasída* del shaij Al-^cámirí desde el francés (¡!). Podemos imaginar el resultado de una traducción de una traducción de poesía árabe.

Luego traduce las leyendas que existen en torno al origen del nombre de la ciudad. Como es lógico y normal, es mucho más fácil, y el resultado mucho mejor, que cuando traduce poesía.

Tratándose de una ciudad “santa”, no podía faltar una mención, aunque sea de paso, al profeta del Islam, Sidna Muhammad, a quien acusa de haber fingido no saber leer ni escribir. Dice:

“A pesar de que fingiera muchos años no saber leer ni escribir, hasta que un día, reflejamente, escribió, en lo cual los árabes maravillados vieron un milagro (yo también, como los pueblos primitivos, aún creo en los milagros), no hay duda que durante los quince años que pasó meditando antes de lanzarse a su gran aventura, conoció admirablemente los libros santos hasta tal vez los escritos de San Agustín.”

Para concluir, podemos afirmar, sin demasiado riesgo de equivocación, que este relato, al igual que la mayoría de los demás relatos de viajes, traduce la realidad de su autor, es *su propia realidad*. Yo no lo acusaría de ser falto de objetividad. ¿Con qué derecho lo haría? Es más: incluso lo calificaría de

sincero. Es tan inocente que, en prácticamente todas las páginas de este librito, aparecen citados los nombres de los autores a quienes leyó e incluso fragmentos enteros de sus obras. Pero debo decir, al mismo tiempo, que al igual que le ocurrió a su ilustre antecesor, don Cristóbal Colón que, empeñado como estaba en que había llegado a las Indias orientales, y a pesar de haber hecho el viaje cuatro veces entre el Viejo Continente y el Nuevo Mundo, se murió sin haber visto nunca realmente América, Luis Cardoza y Aragón estuvo en Fez, mirando Fez pero sin verlo.

No puedo terminar sin aludir a la forma con que Cardoza y Aragón cierra su libro, una forma original que dejó atónitos a más de un especialista en relatos de viajes que no supieron cómo interpretarlo. Si para Enrique Gómez Carrillo, el ilustre compatriota de Cardoza y Aragón, viajar sirve para “*ver, contar y ser visto*”, nuestro autor cierra su libro con las siguientes palabras que me sirven también para cerrar mi ponencia. Dice:

“(... Un viaje es para mí una conflagración mental y sentimental como un amor. Y yo no sé amar... por contar más tarde mis amores. Mis amores son mis amores. Es vil viajar por escribir...)

El Cairo 10/11/2014